JAVIERA DESCOUVIERES

TIEMPOS MODERNOS



Áurea Ediciones

© Tiempos modernos
Sello: Soyuz
Primera edición: Septiembre
© Javiera Descouvieres
Edición general: Aldo Berríos
Ilustración de portada: José Canales
Corrección de textos: Virginia Gutiérrez
Diagramación: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN:



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Me gustaría agradecer en el libro a:
Mauricio Avaria.
Maite Descouvieres.
Lucas Abarzúa.
Sebastián Carrasco.

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
2023	17
2030	23
ODIO – 2033	25
HIPOCRESÍA	29
MANUAL DE EMOCIONES PARA TIEMPOS MODERNOS	37
MANUAL PARA AMAR	42
SOLAMENTE ERES TÚ	49
SOLAMENTE ERES TÚ II	52
NO HAY CURA, NO HAY ESCAPATORIA	54
MANUAL PARA LLORAR	59
MANUAL DE LA FELICIDAD	65
LOS RUGIDOS DE LOS TRONCOS	67
2040	80

PRÓLOGO

La densidad del aire parecía poder tocarse mientras los engranajes olvidados cantaban a todo pulmón su obligatoria oxidación. Materias cafés y rojas ejercían poder por casi todo el lugar, como si una enredadera atrapase por fin los tubos y circuitos de la "nueva realidad". El viento pareció rugir, como si se volviera un objeto físico en el interior de La Máquina. Sebastián miró atrás para saber la procedencia de esa humareda que parecía trizada en el aire, dejando una sensación de caída de cristales de humo casi imperceptibles.

La Máquina fue una sorpresa de carácter mundial: una inteligencia artificial nunca vista. Su presencia ante la humanidad daba seguridad y comodidad. Parecía mover los peones del mundo sin que los humanos supieran que los vigilaba un gran ojo inmaculado que ostentaba el verdadero poder. La Máquina vibraba, La Máquina ordenaba, La Máquina lo miraba todo.

Incluso más allá de las vísceras humanas.

Corazones rápidos por el nerviosismo, corazones grandes de orgullo, corazones con taquicardia por haber matado a alguien, corazones negros sin alma o, simplemente, el hueco donde debería ir el corazón de un alma psicótica.

Todos ellos parecían gemir, chillar exigencias y llorar a despilfarros ante el mínimo dolor apático propio o ajeno.

Circuitos sucios recorrían cada cable de la instalación de La Máquina que generaba la segunda capa. Neuronas artificiales procesando quiénes somos y acusándonos de malicia extrema. ¿Tenía La Máquina el derecho de juzgarnos? ¿Qué

es exactamente la malicia?

La gran inteligencia artificial se había implantado en todo y cada uno de los aparatos, mentes y lugares intangibles. Todos eran uno, conectados por la red, nuestra red interna, prometiéndonos un lugar mejor con mejor conexión.

Nunca se especificó para quiénes.

El rojo grotesco, bañado en suciedad, subía de manera pútrida por las paredes de la concentración de La Máquina y parecía invitar a las mayores pesadillas de cada ser humano para crearle su propio infierno personal. Brazos humanos brotaron por las paredes de acero de La Máquina, estirándose de manera enfermiza y rogando tal vez su muerte. Sebastián se alejó rápidamente de todas esas extremidades que parecían estar rezando con manos casi calcinadas, clamando por ser cortadas definitivamente de ahí. El hombre siguió de regreso mientras sus cabellos cortos y engrasados por el sudor se adherían en su frente. Las manos eufóricas de esperanza, provenientes de un rincón de acero del interior de La Máquina, rezaron por última vez ante el hombre de ojos verdes. Sus pasos chirriaron de manera exagerada ante el frío piso del lugar, mientras cadenas bañadas del mismo putrefacto rojo se golpeaban entre ellas, creando un sonido abismal que volvería loco hasta al más cuerdo psicólogo. Sebastián siguió su regreso sin mirar hacia atrás, como si de algún modo eso lo convenciera de que nunca existió el ayer… ni el hoy, ni el sangriento mañana.

Sus pies se enredaron al momento en que unos pasos fuertes se escucharon correr por unas escaleras viejas. Intentó fijar la vista en el sonido desconocido para luego sentir un lamento humano en su pie, agarrándolo con firmeza del tobillo como si estuviese rogando algo.

Un intento humano, con emociones fijas y coherentes, jaló de su pie de manera asustadiza. Sus extremidades parecían carcomidas, rojas por el efecto de la resequedad de su piel, causada por el calor del ambiente. Gimió para luego soltar el pie de Sebastián, como si la vergüenza de verse así le hubiese invadido. El episodio le hizo dudar al hombre de ojos verdes si él era más humano que el tipo con la piel dada vuelta.

¿Quién soy? ¿Qué sigo siendo? ¿Qué perdí?
… ¿Estoy completo?
¿Soy alguien cuando no hay nadie?
En ese caso…
Si no hay nadie, ¿cómo me califico?
¿Quién lo hará entonces?
¿No existo?

Las redes neuronales de La Máquina comenzaron un cortocircuito mientras unas luces sombrías se prendían al mismo tiempo que el dolor de humanidad de Sebastián. Los lamentos parecían subir por unas tuberías hasta llegar a un lobby repleto de cables, donde el sonido de un chasquido aulló por cada rincón del enfermizo nuevo mundo.

Las luces se prendieron de forma ovalada, como si se esperara un espectáculo de circo. Sebastián miró directamente el reflector, tapando sus ojos con el antebrazo ante el poder del foco. La mirada vacía pero agonizante del público parecía vigilar cada suspiro que escapaba de su nariz.

Androides, intentos de humanidad con pieles de acero blancas que parecían recién lustradas, observaban el casi cadáver andante de Sebastián desde una enorme grada que

gruñía cada vez más por el peso excesivo de los circuitos en sus bases silenciosas. Los androides emanaban una señal nula de emociones. Simplemente miraban a Sebastián en silencio y tiesos, como si viniesen de fábrica.

Sebastián agitó su vista hacia todos los rincones. El circo era él. Las gradas en forma de medialuna lo rodeaban, mientras una máquina que parecía estar dando su mayor esfuerzo de agilidad con estruendosos mecanismos hacía palpitar todo el lugar, incluido el corazón del hombre que parecía ser la estrella del espectáculo.

Otra luz se encendió a sus espaldas: una gran pantalla que había permanecido impoluta bañó de azul casi toda el área de lo que parecía ser un coliseo romano. El único luchador se desangraba por dentro en la soledad; el público robótico no entendía los comandos que Sebastián emanaba.

Miró fijamente la gran pantalla, donde aún un azul prominente y amenazador atraía la vista de cualquiera que estuviera cerca. El silencio era una agonía para Sebastián, pero… ¿cómo escapas del silencio?

El logo de la compañía fundadora de la inteligencia artificial parecía gritar de arrepentimiento al encenderse el movimiento dentro del gran televisor. Sebastián volteó su cuerpo hacia la gran pantalla para luego sentarse. No había excusas ya.

La pantalla parpadeó y ejerció unos comandos de informática mal hechos. Sebastián de algún modo sintió dolor ajeno ante el intento de La Máquina de ejecutar un comando.

El chasquido de reproducir sonó finalmente, mientras los metales hacían cada vez más ruido cerca de Sebastián, como si estuviesen amenazando su estructura dorsal.

La pantalla cambió a un gris que apenas iluminaba mientras el público seguía en el silencio más sepulcral jamás oído.